

**Colaboradores**

Climaco Pérez  
Dr. R. Jiménez N.  
Carlos Gagini  
Dr. Ramón Zelaya  
Lic. Srco. Saerón  
Srco. Mayorga R.  
Anastasio Alfaro  
Leonidas Briceño  
Juan J. Carazo

# UNION

REVISTA TRIMENSUAL

**Propaganda:**

Sociología  
Agricultura  
Ganadería  
Industria  
Moral  
Higiene  
Alcoholismo  
Educación, etc.  
Ciencia y Arte

FUNDADOR

A. ALVAREZ HURTADO



REDACTOR

SALVADOR VILLAR

Administración: ALEJANDRO GARCIA VILLAR - San José

AÑO I

Centro América, San José de Costa Rica, Diciembre 1º de 1920

No. 15

UNION DESEA MEJORAR

## Dos palabras con nuestros favorecedores

Nuestra revista UNION es una revista modesta que en medio de dificultades va poco a poco desarrollándose, pero sus aspiraciones e ideales son muy amplios. UNION aspira ardientemente a ser de utilidad práctica para todos los lectores, en especial para los que las exigencias de la vida no les han permitido completar su preparación general. Los trabajos de buenos autores nacionales y reproducciones sobre ciencias, sociología, enseñanza, higiene, agricultura, ganadería, industrias, etc. etc., que constituyen el material de la revista; las sugerencias patrióticas, cívicas y morales que encierran muchos de los artículos que se publican, procuramos que estén al alcance de la comprensión de toda clase de lectores, esperando que éstos, aplicándolas, vayan realizando su perfeccionamiento cultural o bien refrescando y recordando interesantes conocimientos y datos, cosas que en síntesis constituye nuestra más ardiente y sana intención. En otras palabras: nosotros nos proponemos que el lector ilustrado, si no encuentra ideas nuevas en nuestra revista, si pueda leer trozos seleccionados cuyo fondo contenga importantes sugerencias de útil aplicación en la vida corriente o encierre alguna belleza literaria de autor bien conocido. Y al mismo tiempo procuramos ser muy bien comprendidos por los menos ilustrados. La labor que hacemos es, pues, como se ve, preferentemente instruccional y educativa; y tratamos de hacerla sin presunción, con sencillez, sin sacrificar el fin primordial señalado, al afán de aparecer como escritores de mundial y rara ilustración. Queremos adaptarnos al nivel cultural medio de nuestro país a fin de procurar un beneficio más real y efectivo, sin apartarnos, naturalmente, de los ideales modernos y de las sanas y elevadas tendencias sociales y políticas.

UNION hasta ahora ha llevado una vida casi ignorada y ha tenido un aspecto casi regional. La provincia de Guanacaste ha sido su mayor campo de acción. Ha podido vivir gracias a la suscripción guanacasteca, al generoso aunque pequeño auxilio pecuniario de los Municipios de Cañas, Nicoya, Santa Cruz y Filadelfia y al desinterés de los que hemos dirigido y administrado la revista quienes no hemos percibido hasta ahora, como paga, ni la suma de cinco céntimos. Hemos hecho el trabajo con el mayor gusto, robando ratos a nuestros quehaceres diarios y con el sólo halago y esperanza de que los lectores puedan derivar provecho en algún sentido.

En adelante UNION conservará siempre su atención regional, pero como si dijéramos, dentro de un marco más amplio, un marco nacional, y deseando que este marco, en época no lejana y oportuna, se agrande de tal manera que abarque las cinco débiles fracciones que juntas han de reconstruir la Pátria Grande, aspiración esta que constituye, en principio, uno de los ideales de nuestra revista, cuyo nombre solo es una bandera hermosísima que han ostentado y ostentan todos los que tienen alma verdaderamente amplia, corazón altruista y espíritu idealista.

Hasta ahora UNION ha sido quincenal; en adelante será trimensual, es decir, saldrá el 1, 10 y 20 de cada mes. La suscripción mensual, para todos, a partir de diciembre actual, será de un colón a fin de poder hacer frente a los nuevos gastos. Y una vez que constemos el apoyo de los suscritores, la revista, sin más aumento de precio, será semanal o mejorará y ampliará su material y formato.

Ojalá que todos correspondan a nuestro sincero y desinteresado esfuerzo y que los guanacastecos, en particular, sepan apreciar nuestros empeños honrados en favor de aquella olvidada región, y levantando el espíritu por encima de todo egoísmo, de toda mezquindad personal y lugareña, nos presten cada día un mayor contingente y auxilio.

Si se nos ayuda y apoya decididamente, UNION vivirá y prosperará; si la indiferencia, el prejuicio suspicaz y el egoísmo es el pago que se da a nuestra labor, la revista tendrá que perecer.

De suerte, pues, que si nuestra revista, que hemos purgado de política menuda e indigesta, ataques personales e influencias de bandería estrecha, y cuyos fines hemos tratado y trataremos de elevar lo más posible, gusta y satisface por su orientación y tendencias, nuestros estimados lectores tienen una ocasión para fomentar algo beneficioso y poner en práctica sus sentimientos nobles y solidaristas; para ello no solicitamos, repetimos, sino apoyo moral y un insignificante sacrificio pecuniario mensual para la vida y ensanche de UNION.

El distinguido cuerpo de colaboradores está compuesto por personas de cuyos méritos bien cimentados está por demás hacer mención. Ellos guardan su independencia de criterio en cuanto a las ideas de diversa índole que se emitan aquí, por consiguiente su responsabilidad se limita a lo que expresen en los trabajos firmados con que tengan a bien honrar a esta revista.

Las demás personas que hasta ahora nos han enviado sus trabajitos sobre asuntos de interés general, pueden continuar ayudándonos. Con el mayor gusto serán atendidos.

# Anhelos de unión Latino-americana

Reproducimos en esta oportunidad la siguiente poesía cuyo fondo, en nuestro humilde concepto, es tan bello como la forma. Aun cuando es algo extensa, no titubeamos en presentarla seguros de que, antes de cansar a nuestros lectores, será del agrado general.

## Canto de Paz

(Con motivo de la reunión del Congreso Social y Económico Hispano-Americano de 1900).

Si de la conciencia humana la osadía  
taladra las montañas  
abriendo el túnel, y la férrea vía  
construye en sus entrañas;  
si el progreso industrial de nuestro siglo,  
de paz y bienestar numen fecundo,  
transporta en raudos trenes, por doquiera,  
la producción del mundo;  
si, a la par que la vela telablorosa,  
el vapor con su empuje soberano  
y la hélice estruendosa  
hacen del océano  
ancha senda gloriosa  
para el comercio humano;  
si el incesante tráfico  
de nuestra edad—no sólo  
de masas colosales  
de frutos naturales,  
de artefacta infinita mercancía,  
sino también de nobles ideales  
y esperanzas y amor y simpatía—  
es cual grandiosa feria  
que a la sombra de hermosos pabellones  
a tierra y mares dice  
el afán impaciente de progreso  
y de prosperidad de las naciones;  
si en el común anhelo  
de cambiar los tesoros  
de la industria fabril y fértil suelo  
en ningún tiempo ha contemplado el mundo  
tanta humana labor ni acumularon  
tal suma de riqueza,  
tales sueños de gloria y de grandeza  
los siglos que pasaron;  
¿qué extraño es hoy que, al recordar, la gloria  
de la común historia  
avancen con el rumbo  
que el destino les traza  
y prorrumpan en gritos de entusiasmo  
y unión, que son cual grito de victoria,  
todos los pueblos de española raza?  
Brotan tan noble grito  
de ingenuo afán, de aspiración sincera;  
repítenlo a la par que de los Andes  
la extensa cordillera,  
los Cantábricos montes,  
y sus ecos confúndense cruzando  
del Atlántico mar los horizontes.

Sonó Alejandro el Grande, esclarecido  
conquistador—y ejemplo

para la tierra aciago—  
el imperio del Asia sometido  
al imperio de Grecia; soñó Roma  
con el de Europa unido  
a los de Asia y Cartago;  
soñó sobre su frente  
gloriosa Carlo Magno la tiara  
del imperio cristiano de occidente;  
soñó la Media Luna,  
señora ya en oriente,  
dueña casi del Africa, invasora  
de la Europa, y osada y persistente,  
que entregara a su brazo la fortuna  
el cetro del antiguo continente;  
soñaron Carlos Quinto  
y Felipe Segundo  
la corona del mundo;  
y en nuestro propio siglo  
soñó Napoleón, bajo su espada,  
alzando tronos y dictando leyes,  
ser el rey soberano de los reyes  
de la Europa aterrada.  
Todos lucharon sin cesar; de sangre  
inundaron la tierra sus legiones  
cubriendo con los lauros de la gloria  
el duelo y la opresión de las naciones.  
¿Mas, perduran sus triunfos? ¿Qué ha quedado  
de su soñado y ambicioso empeño?  
Lo que queda de sombras que han pasado;  
lo que queda de un sueño.

Y es que el poder nefando de la guerra  
suele fundar a veces en la tierra,  
de unión falaz tras locas esperanzas,  
largas y resignadas servidumbres;  
soportadas alianzas  
pero perpetuas no. La vengadora  
protesta al fin en los destinos pesa  
de la inicua opresión, llega la hora  
en que la alianza o servidumbre cesa,  
y hundiendo a la opresora,  
Dios salva siempre a la nación opresa.

No es esa unión, no es esa  
unión la que gozosos  
los hijos de la América española  
con viva fe anhelamos.  
La unión a que aspiramos  
es la unión que se inspira en la alta mente  
de la moderna edad, que entre los pueblos  
al propio arbitrio y la unidad concilia  
y proclama la unión de las naciones  
de una misma familia.

Dio el Portugal a su opulenta y vasta  
colonia de occidente  
monarca de su propia dinastía,  
trono imperial y cetro independiente,  
y la paz secular que los unía  
como a dos ramas de una estirpe sola,  
nada llegó a turbar. Mas sí hubo un día  
en que España y la América española  
con ciega e impertérrita porfía,  
de encarnizada guerra en los horrores,  
lucharon como extraños,  
olvidados están ya los rencores  
de esa contienda impía;  
cual casi común gloria  
la mutua heroicidad, la bizarria  
orgullo de su historia.

tan sólo se recuerdan,  
que es noble patrimonio la hidalguía  
del genio castellano.  
Si viviera, Bolívar, hoy sería  
el primero que a España estrecharía  
la cariñosa mano.

¡Digna labor a la que el fin hermoso  
del siglo, en medio de la paz, convida  
a los hijos de España en ambos mundos!  
Denle principio ya, sabios patriotas,  
y estadistas profundos;  
y que, al rayar mañana  
la nueva aurora de los siglos vea  
con fe perseverante acometida  
esta noble tarea:  
la patria soberana  
con la patria común engrandecida.  
Mas vele cautelosa la prudencia  
y no malogre empeño tan grandioso  
generosa impaciencia;  
con tenaz, lento afán unifiquemos  
las leyes que regulan  
el comercio, las artes y la ciencia;  
protejan a la industria emprendedora,  
de la riqueza de los pueblos clave,  
—las leyes y los hechos; y corone  
nuestra obra redentora  
la identidad sagrada  
Honor y ejemplo de la raza humana  
de civiles derechos.  
rindamos, a la vez, culto homenaje  
a nuestra fe cristiana;  
para arraigar sus venturosos dones  
ceguemos de la guerra los abismos,  
fundando el arbitraje  
como suprema ley de las naciones  
entre nosotros mismos.  
Después... el santo culto de la patria  
que vive en nuestros pechos  
espere el porvenir...! La fantasía  
extingase en la mente  
si es sólo sombra de esperanza vana!  
¡Cuán prestigioso pabellón sería,  
con qué vivo esplendor irradiaría  
el que al orbe ajena,  
junto a la patria nacional bandera:  
"Yo soy la Unión Hispano-Americana!"

Cubierto con el polvo  
glorioso del pasado,  
reliquia al par que símbolo  
del porvenir soñado,  
recordaría por doquier al mundo  
que, árbitro de la paz y de la guerra,  
un día fiste, España,  
—¡Oh, madre por el águila vencida  
cuanto más desdichada más querida!—  
señora de los mares y la tierra,  
y que así cual llevamos  
tanto valor y portentosa hazaña  
de Pelayos y Cides  
en la memoria impresos,  
la savia de tu sangre en nuestra sangre  
y tu polvo en la cal de nuestros huesos.

¡Unión, peninsulares,  
de la región ibérica!  
¡unión, los que nacimos en los lares  
de nuestra cara América!

De los dos mundos como dos gigantes,  
despleguemos los brazos valerosos  
por sobre el océano  
hasta darnos la mano,  
y cambiemos un ósculo glorioso  
que selle nuestra unión, estrepitoso,  
ante el género humano.

Nos lo gritan con eco clamoroso  
las tradiciones, el honor, la historia;  
unámonos que, unidos,  
a los anales de la propia patria  
daremos nueva gloria.  
Unión, unión nos dice el de la ciencia  
sabio numen profundo,  
unión, las esperanzas  
del porvenir fecundo:  
unión, unión, repite  
el mismo instinto popular que hoy traza  
nuevo destino al mundo  
al par que nuestros propios corazones.  
¡Quién sabe si la unión de nuestra raza  
será en la edad futura  
la universal concordia de los pueblos,  
la unión universal de las naciones!...

LUIS BENJAMIN CISNEROS

(Eximio poeta peruano)

## La Grosería

La grosería jamás es señal de independencia, ni de carácter; lo ha sido siempre de esclavitud. Después de aprovechar el tributo, adular al amo, devorar el pan de maíz, reventarse sobre el terruño y recibir el latigazo del manumiso en la cara, ha sido cuando han prorrumpido en obscenidades los siervos. Los hombres libres tienen la conciencia de su dignidad. Su alegría es serena, como la de quien sabe que es constante y no necesita explosiones intermitentes. Su lenguaje es el lenguaje del ciudadano, pulido en las luchas por lo ideal, cincelado por el culto de la verdad, bruñido por el atractivo de la belleza. A la decadencia de los pueblos precede siempre el ocaso de su literatura. No se habla mal sino cuando se vive y se lucha mal, y vivir mal es siempre dispo- nerse a morir.

En cuanto a la represión contra la bajeza de alma o de lenguaje, es inútil. Quien se crea en lo abyecto y deforme, antes necesita la enseñanza de lo elevado y bello, que la repugnancia de la represión. Llegará un día en que, cambiando el mundo, habrá el léxico cambiado también. No se sabrá qué es pena y sólo si lo que es pedagogía, antropología y psiquiatría. Lo que ya se hace con el niño y el loco en los países cultos, se hará en todas partes con el llamado criminal. Se le enseñará el gran placer de ser bueno, y se hará honrado por egoísmo.

Y así sucederá con los mal hablados. Lo que no ha podido hacer la moral, lo hará la delicadeza de estómago. Todos cuidarán de limpiar el lenguaje como cuidarán de mudarse de ropa interior, por profilaxis y buen gusto. Se dejará de prorrumpir en interjecciones, no por inmorales, sino simplemente por innecesarias.

ANTONIO ZOZAYA

## Pro-Ferrocarril del Guanacaste

La revista UNION, N.º 11 de fecha 1.º de octubre último, publica un bien sesudo artículo tomado del "Diario del Comercio" firmado con el pseudónimo "Glaucus" e intitulado "El Ferrocarril al Guanacaste".

Aparte de lo sesudo del artículo, su autor, que debe ser un buen hijo de aquella tierra, da a entender, que el público guanacasteco ve con indiferencia la noticia sobre la fundación del ferrocarril, como si fuera a hacerse en lugar lejano, todo lo cual se debe a nuestro egoísmo criminal que no nos permite ver más allá nuestros intereses privados.

Como buen hijo que soy del Guanacaste, voy a externar mi humilde opinión, en cuanto a esa frialdad se refiere Glaucus, la que por decirlo así, es cierto, hija de unos pocos, pero nunca de la mayoría que queremos ver a nuestra provincia próspera y feliz con esta obra de verdadero progreso.

La obra del ferrocarril, no nació para morir ahogada por el indiferentismo de unos pocos, no; nació para llevarla a cabo, pues la representación guanacasteca ha tomado con todo fervor y patriotismo la construcción de esta obra, que será para nosotros y para el país en general, el más valioso de los recuerdos para las generaciones futuras, con lo que se prueba que los guanacastecos esta vez echaron semillas en surco propicio donde la planta germinará lozana y abundante.

Ojalá el Supremo Gobierno y la Representación Nacional, no paren mientes en la efectividad de la construcción del ferrocarril mencionado, con lo cual harán para el futuro, patria próspera y pueblo grande.

Por demás está decir, cuan grandes son las riquezas que encierra nuestra querida provincia, tan zaherida por unos pocos, pero muy querida por la mayoría de sus hijos.

NICOLAS DE LA O. MIRANDA.

## Aprovechemos las sabias enseñanzas de la historia

"Desde el año 510 no hubo más reyes en Roma. Empero si Roma no tenía ya nada que temer de los reyes, no por eso el pueblo era más dichoso, pues se hallaba bajo la dominación de los *patricios*, sus verdaderos reyes. La autoridad pertenecía a los *Cónsules* y *Senadores*.

En aquellos tiempos no había leyes escritas y los *patricios*, únicos hombres versados en la ciencia del *derecho*, administraban justicia con arreglo a sus intereses y sus pasiones. Dueños también de la religión, eran los únicos que podían obtener *cargos sacerdotales* y disponían a su antojo las respuestas divinas.

Finalmente, como eran grandes propietarios se enriquecían con los bienes de los que no podían pagar sus deudas, y luego reducían a la esclavitud a sus deudores. La ley bárbara hasta permitía a muchos acreedores que descuartizaran al deudor.

Los *plebeyos*, por lo común pequeños propietarios y artesanos, sufrían grandes quebrantos con las guerras, y las deudas los abrumaban hasta el punto que se encontraban a merced de los *patricios*.

A los ojos de los que descendían de las antiguas familias de Roma, eran extranjeros, vencidos, súbditos; apenas eran hombres. Estaba prohibido el *matrimonio* entre las familias de los dos órdenes.

En resúmen, *patricios* y *plebeyos* formaban como *dos pueblos hostiles*, uno con el goce de todos los derechos y el otro sin derecho alguno.

El exceso de la servidumbre y de la miseria no tardó en producir un conflicto que duró *dos siglos*, lucha del *derecho* contra la *fuerza* y del principio de la *igualdad* contra la *aristocracia*.

Con el fin de intimidar a los *plebeyos* sublevados, los *patricios* crearon un nuevo cargo, que fue la *dictadura*.

Nombrado en los momentos de peligro, el *dictador* venía a ser el único jefe de la república, el único amo. Tenía derecho de vida y muerte sobre todos los ciudadanos y marchaba con el aparato amenazador de veinticuatro *lictors*; pero sólo se le concedía por *seis meses* este poder excesivo.

Las palabras de dictadura y dictador han quedado en la lengua para expresar la *autoridad absoluta*.

Los *plebeyos*, amedrentados, resolvieron apelar a un medio extremo para librarse de aquel terror que inspiraba la dictadura y se establecieron en una colina situada a corta dictancia de Roma, el *Monte Sagrado*. La ciudad se quedó desierta. Entonces los *patricios* enviaron al pueblo un hombre elocuente, *Menenio Agripa*, que contó, a lo que dicen, el apólogo de los *Miembros* y el *Estómago*, siguiente:

En la época en que aun no reinaba como hoy la armonía en el cuerpo humano, todas las partes del cuerpo se indignaron en razón a que todo lo obtenía el estómago por sus ciudadanos, sus trabajos, su ministerio, en tanto que él allí en medio muy tranquilo no hacía más que gozar de los placeres que las demás partes del cuerpo le proporcionaban. Tramaron, pues, una conspiración: las manos se negaron a llevar el alimento a la boca; la boca se negó a recibirle y las muelas a masticarle; pero he aquí que muy luego los miembros y el cuerpo entero vinieron a caer en una prostración lamentable. Entonces hubieron de comprender que el estómago no permanecía ocioso y que si le alimentaban, él a su vez alimentaba a todo el cuerpo y a todos los miembros mediante la digestión de los alimentos. Menenio añadió que los *plebeyos* eran los miembros y el senado o gobierno el estómago y sacó en conclusión que, lo mismo en el Estado que en todo cuerpo bien organizado, es indispensable la *concordia*.

Calmáronse los *plebeyos*, mas quisieron magistrados elegidos en su orden, jefes suyos, los

tribunos, quienes carecían del poder de obrar, pero tenían poder para *impedir*.

Protectores de los ciudadanos debían atender a que ninguno de ellos fuese oprimido. Cuando se proponía una ley que les parecía contraria a los intereses del pueblo, prohibían que se adoptara, para lo cual era bastante esta sola palabra: *Veto* (yo prohibo). Si un ciudadano arrastrado a la cárcel apelaba al tribuno, éste podía decir: *veto*, y el acusado quedaba en libertad hasta el día de la sentencia. Por último si los cónsules llamaban al ejército para emprender una expedición, también el tribuno podía oponer su *veto*. Contra esta oposición no había más que la dictadura.

Sin armas, indefenso, el tribuno atravesaba muy tranquilo las filas de los patricios irritados, porque era *inviolable*, la religión lo cubría.

Esos eran los jefes que el pueblo iba a seguir y que debían llevarle sucesivamente a la conquista de todos los derechos que le negaban".

## Carta interesante

Señor don Salvador Villar

San José.

Mi estimado amigo:

Me va Ud. a perdonar si lo importuno con mi presente carta que le escribo en cumplimiento de mi promesa de relatarle a grandes rasgos la carrera de mi vida humilde, pero honrada.

Nací en Liberia de Guanacaste. Hijo natural y desvalido; en Puntarenas, como de 8 años de edad, un día de tantos, se me ocurrió subirme a una carreta que me llevó a Sabanilla de Alajuela en donde pasé una infancia y una adolescencia sirviendo en una casa, en otra y en otra, sin conocer los beneficios de la escuela. Si sé medio leer y escribir es porque, ya entrado en años, me puse a aprender.

Trabajé unos cuantos años como jornalero en fincas ajenas y allí tomé la inclinación por la agricultura que he considerado siempre como la mejor ocupación del hombre. Me casé y encontrándome en la imposibilidad de comprar terrenos ya caros en Sabanilla, volví los ojos a mi provincia y allá me fuí en busca de tierras feraces en donde hacer una finca, sin dinero y tan sólo con mis puños y con la ilusión de un honrado porvenir. Me gustó el sitio "La Cabra", hoy Tilarán, que eran entonces selvas tupidas habitadas sólo por animales y fieras. Las privaciones del comienzo, las dificultades inmensas y la lucha recia sólo pude vencerlas y soportarlas merced a mis ardientes aspiraciones de independencia pecuniaria, bienestar de mi familia y a mi tenaz resolución de abrirme campo mediante el trabajo. Cuántos peligros, estrecheces y sacrificios tuve que soportar! Año con año y con la misma constancia y entusiasmo, con el auxilio de mi querida compañera, fuí ensanchando mi finquita. Mi familia fue aumentándose allí en medio de nuestro continuo batallar y ayudándome a medida que iba creciendo. Muchos amigos de Sabanilla, entusiasmados por mis éxitos y mis pala-

bras, comenzaron a llegar con sus familias e hicieron también sus fincas. Luego siguió llegando más y más gente trabajadora, formándose así el pueblo floreciente de Tilarán, que hoy cuenta con muchos cientos de habitantes, incluyendo cerca de 50 familiares míos entre hijos, yernos, nueras y nietos, que gracias a Dios viven todos holgadamente y son fervientes devotos del trabajo.

Tilarán produce cantidades considerables de frijoles, arroz, maíz, dulce, manteca de cerdo, huevos, etc. Todos tenemos, cual más cual menos, nuestras vaquitas y bestias, y los productos constituyen un movimiento comercial que da auge y bienestar a nuestro caserío y provecho a otros pueblos vecinos.

Tenemos escuela para nuestros niños; Agencia Principal de Policía y casi todos los servicios indispensables. Con más que nosotros, unidos casi todos, siempre estamos pensando en procurar el progreso, la moralidad de nuestro lugar y el bien general.

Hoy con mis sesenta y tres años de edad, me siento satisfecho y bien recompensado. Mi conciencia no me acusa de ninguna mala acción. Creo haber cumplido debidamente con mi deber para con los míos, para con los semejantes y para con mi patria, Costa Rica.

Como tengo la costumbre aquí en mi apartado rincón, de leer periódicos de la capital, de hace algún tiempo a esta parte, he venido sabiendo de huelgas de obreros que no ganan lo suficiente para vivir, de exigencias, amenazas al Gobierno y a los patrones, de miserias por motivo de la carestía de víveres de primera necesidad en la capital y otros pueblos, de falta de trabajo para mucha gente, etc., etc. Y me he puesto varias veces a pensar sin dañada intención para nadie: Por qué a todas esas personas inconformes de la capital, que viven tan mal, que sufren tantas privaciones, en lugar de quejarse tanto y de protestar y amenazar, no se les ocurre lo que se me ocurrió a mí, persona tan oscura como era entonces, cuando allá en Sabanilla me ví casado, con familia pequeña, sin recursos, casi en la miseria? Y no atino a encontrar una contestación a esta pregunta, máxime cuando sé perfectamente que muchas de esas personas son sanas, mil veces más capaces que lo era yo entonces y muy apreciables.

Cuánto ganaría mi patria Costa Rica, si toda esa gente que la pasa tan mal en el interior, se resolviera a regarse por los campos y fértiles zonas del país, a cultivar la tierra, a formar finquitas en donde podrían obtener en abundancia y con facilidad sustento nutritivo para sus pequeñuelos! La producción se aumentaría muchísimo y con eso la riqueza de la nación. Los artículos de primera necesidad dejarían de escasear; se abaratarían ocasionando un beneficio inmenso a los consumidores. Y ellos, los nuevos agricultores, ganarían en todo sentido y realizarían un gran bien a la Patria.

¿No le parece a Ud., don Salvador, que tengo mucha razón en todo lo que acabo de manifestar?

Que se conserve bien y cuente como siempre con su Affmo. amigo y S.,

JOSE MARIA CALDERON.

Tilarán, 17 de noviembre de 1920.

Interesantísima conferencia dictada ante padres de familia y maestros, en una Escuela Superior de Buenos Aires (República Argentina), por la educadora señorita M. Leonilde Risi.

## Sus hijos, nuestros alumnos

### I

Señoras y señores:

Me parece oportuno aplicarnos el conocido apólogo oriental del hombre que caminando por un desierto divisó a lo lejos un bulto que lo alarmó, creyéndolo un monstruo; al avanzar distinguió que no era tal monstruo, sino un hombre. Temió fuese un enemigo; pero al acercarse más vió que era su propio hermano.

No es frecuente que en el camino que Uds. los padres y madres, nosotros los maestros abrimos a la niñez, nos encontremos.

Y, sin embargo, estamos trabajando juntos, y nuestro trabajo es todo para esa niñez, objeto de los amores de Uds. y de las preocupaciones de nosotros.

Cuando nos encontramos frente a frente, no siempre nos encontramos como amigos.

El padre o madre, al que se manda llamar a la escuela, casi siempre viene predispuerto en contra del maestro.

El maestro, al ser solicitado por la presencia de un padre, prevé un posible desagrado.

Es que una mala costumbre ha establecido que al padre se llame sólo para darle una queja del hijo, y que el padre fúda espontáneamente a la escuela sólo cuando tiene que quejarse del maestro.

Pues bien, esta noche no estamos reunidos ni para exponer quejas ni para escucharlas, sino para ponernos de acuerdo sobre algunos puntos de nuestra común tarea, acuerdo del que serán únicos beneficiados los hijos de Uds., los alumnos nuestros. Nos sabemos mutuamente ni monstruos, ni enemigos. Sabemos que cooperamos en una misma obra: por lo menos somos compañeros.

No nos ha motivado a invitarlos a Uds. el deseo de formar ninguna sociedad que signifique un nuevo renglón de gastos en el hogar.

Por más benéficas que esas sociedades sean, por más que la espantosa situación del momento obligue a atormentar el ingenio para arbitrar medios de ayuda a los niños más castigados por las necesidades materiales, comprendemos muy bien que la misma intensidad de la crisis económica impone parsimonia en los gastos a la gente más pródiga o más generosa.

Todos, quien más, quien menos, hemos sufrido el colazo del monstruo de la guerra, la desocupación, la incertidumbre comercial; todos quien más, quien menos tenemos, en nuestros allegados, obligaciones que no admiten dilación.

No vamos, pues, a invitarlos a escribir renglones en la página del debe de la familia.

Queremos vincularnos a Uds., queremos vincular el hogar sólidamente a la escuela por los lazos más fuertes que puedan vincularse dos instituciones: el de los afectos y el de las ideas, lazos que partiendo de Uds. y de nosotros han de anudarse en el corazón y en el cerebro de nuestros niños: los hijos de Uds., los alumnos nuestros.

Con el fin de que los niños que concurren a esta escuela obtengan el mayor provecho de la enseñanza que en ella se da, hemos resuelto distraer por un momento de sus ocupaciones diarias a los padres, para llamarles la atención sobre algunos puntos de vista que,

aunque simples en sí, obran como factores importantes en el desenvolvimiento educativo de los niños.

La infancia es el pedestal en el que ha de erguirse el hombre luciendo sus virtudes y sus defectos, su pequeñez o su grandeza y si la base no es sólida, todos los esfuerzos se verán perdidos. Si en los primeros años no nos ocupamos de desarrollar su cuerpo, su inteligencia y educar su corazón, si la educación no ejerce su benéfica obra en sus manifestaciones: física, intelectual y moral, nada podemos esperar de él; la primera persona encargada por la naturaleza de ejercer esa misión es la madre. Los padres son los que forman ante todo la personalidad del niño, los que dejan en él las primeras y más duraderas huellas; más tarde encuentra en la escuela, en la maestra, la nueva guía pero continúa sometido como antes a las tres enseñanzas: la familiar, la escolar y la social. Si ellas son armónicas y correlativas, si sus esfuerzos se unen, se obtendrá el fin propuesto; de lo contrario se perderán en gran parte.

Debiendo aunar sus esfuerzos, ¿es posible que reine entre la escuela y el hogar algún distanciamiento? ¿Puede concretarse la escuela a hacerse cargo de las niñas durante cuatro horas por día, y el hogar por el resto del tiempo sin que exista entre ellos un solo vínculo de cooperación?

La escuela, esta hermosa adquisición de la vida civilizada, crisol donde se modelan las generaciones, debe tener una vinculación directa, sólida y lógica con el hogar, puesto que, aunque entidades diferentes, dependen una de la otra; el bienestar y progreso de la familia es influenciado por la escuela y el progreso de ésta se debe en su esencia, a la vinculación protectora, material y moral, que le dispense el hogar. Si éste deja a la escuela aislada, si la abandona a sus propias fuerzas, recorre a tientas el sendero de su misión. Ambos a la par intervienen en la formación de las generaciones, en que se basa el progreso universal.

Es el hogar el que provee y modela el material con que se fundirá el bienestar de la familia, el adelanto de la sociedad, el progreso de la nación; y del progreso de las naciones todas depende el progreso universal.

La escuela, a su vez, llenando su misión, prepara en el yunque del trabajo las generaciones suministradas por el hogar, perfecciona ese fecundo fruto, lo modela y resguarda amparándolo con la ciencia, y contribuye con su ardua tarea al bienestar y progreso de la humanidad.

Se comprende entonces que si juntos deben el hogar y la escuela cumplir la misión encomendada, si el defecto del uno perjudica la labor de la otra y viceversa, deben, para que el trabajo sea verdaderamente eficaz, la obra completa, coadyuvar todos, los poderosos y los humildes, los hombres y los niños, cada cual en su esfera, para llegar al éxito deseado; y si no ¿quiénes mejor que los padres pueden observar las tendencias de sus hijos? Y ¿no es la maestra la que debe aprovechar esas inclinaciones naturales, destruyendo los malos hábitos y formando buenos? ¿No conviene también que la educación de los hijos se acomode en cierta medida a las necesidades de los padres? ¿Puede llevarse a cabo si los padres se muestran indiferentes? y esto ocurre con frecuencia. He aquí un ejemplo: pasó el primer mes de clase; llevaron las niñas su libreta de clasificaciones en las que se expresa su comportamiento; en algunas las clasificaciones son buenas, en otras regulares o malas: se enteran los padres de ellas y se dan por satisfechos. Sin embargo, no basta eso; si la clasificación es regular, deben alentarlos, procurando su mejoramiento, estimularlos haciéndoles ver que nada hay imposible en la vida;

dentro de lo humano todo se alcanza cuando hay el propósito deliberado de obtenerlo y se despliega una actividad concordante con las exigencias que reclama; haciendo que tengan confianza en sí mismo y que vislumbren el triunfo. El niño en estas condiciones se pondrá ser más atento, más estudioso, mejor, y lo conseguirá.

Si siendo regular o mala no mejorara al mes siguiente, será bueno que los padres concurren a la escuela a informarse de la causa que la ha motivado, sin esperar a que la maestra, agotada su paciencia y perdidos todos sus esfuerzos con el fin de mejorar la conducta o aplicación de la niña, mande buscar a los padres. Casi siempre sucede que después de una explicación con la madre, la niña mejora; por lo tanto conviene que los padres se enteren todos los meses de las clasificaciones y deje de ser una excepción el padre que acuda en demanda de informes; que vengan y colaboren en lo posible en la obra escolar.

Tal vez el mal resultado sea una deficiencia del hogar o de la clase: quizás pocas horas de sueño; quizás mala distribución de las comidas; quizás deficiencia de preparación; tal vez la maestra—aunque con la mejor intención—va muy de prisa; tal vez el niño no la entiende y no se atreve a decirselo.

En fin la mar de **talvez** y de **quizás** que podrán convertirse en certidumbre provechosa para el niño, mediante una breve explicación entre la madre y la maestra.

Un punto al que no suele darse toda la importancia que se merece es el de la **puntualidad** y **buenas asistencias**.

La puntualidad ayuda a la escuela, porque permite hacer a tiempo y completa la revista de aseo y empezar uniformemente el trabajo.

El niño que llega tarde distrae a los compañeros, interrumpe la lección y, él mismo se perjudica, no sólo con perder parte de la lección sino también en los hábitos desordenados que adquiere.

Conviene tener presente que en las primeras horas se dan clases como la de lectura, cálculo y lenguaje, que son fundamentales. Un solo problema mental que el niño pierda y le deja en condiciones inferiores a sus compañeros para seguir la lección de aritmética. La falta de la explicación de un párrafo, el no haber estado presente cuando se corrigió un generalizado error de lenguaje, le dificultarán entender la lectura, el corregir su manera de hablar.

Por otra parte, la puntualidad es una de las cosas necesarias en la vida práctica, aún en la de los niños: la falta de puntualidad es una de las cosas necesarias en la vida práctica, aún en la de los niños: la falta de puntualidad en tomar un medicamento inutiliza los buenos efectos del mismo, la falta de puntualidad en un negocio puede ser la pérdida de una fortuna; el no llegar a tiempo al tren desbarata el viaje mejor preparado; en una fiesta, en una reunión cualquiera es notable como se atrae de antipatías—aunque sea momentáneamente—el que se hace esperar.

Todas las causas que aconsejan la puntualidad se intensifican al tratarse de la asistencia.

El alumno que falta, inevitablemente se atrasa en todo sentido, hasta en el físico. Si es aplicado quiere ponerse a la par de sus compañeros que no faltaron y hace un esfuerzo más o menos grande que no lo beneficia. Y esto de ponerse a la par se refiere a lo menos importante de la acción escolar: el adelanto en los programas.

Esforzándose conseguirá llegar en aritmética, geografía, etc., hasta donde llegaron sus compañeros; pero la influencia educadora que acompañó a las lecciones, expli-

caciones y ejercicios de la clase, esa queda perdida; y eso vale más que los conocimientos en sí mismos.

Ha perdido también la influencia del ambiente: las ocasiones de manifestar defectos que se podrían corregir, de poner en práctica la moral aprendida, de ejercitar su inteligencia por el estímulo del ejercicio de los compañeros.

Los niños que asisten regularmente a clase trabajan con mucha más facilidad y obtienen mejores resultados. Por el contrario, los rabineros, trabajando más, consiguen menos.

En bien de los niños pedimos a los padres no los dejen faltar sino por motivos poderosos, entre los cuales hemos de contar los días de lluvia torrencial o con intermitencias.

Nos ocurre a menudo que los días así nos vienen alumnos que suelen faltar en los otros. ¿La causa? que como en esos días no se tiene el desahogo de la calle molestan mucho a las familias dentro de las habitaciones y se les manda a la escuela como un alivio.

El pobre chico llega empapado y empapado se va, a menos que la ropa se le seque puesta. Al día siguiente no puede venir—a veces siendo de sol espléndido—porque el anterior se inutilizó el traje o calzado; y otras debe faltar después ocho días, porque se resfrió o tiene cualquier dolencia o malestar proveniente de la humedad.

Todo lo que se refiere a la salud es cosa que debemos mirarla preferentemente. Al niño con fiebre, con la garganta irritada, con comienzo de paperas, con una erupción cutánea, al convaleciente no debe dejársele venir a la escuela por más que ellos lo pidan. En cambio con el niño sano no debe tenerse en ese punto condescendencia alguna.

El niño que quiere faltar es, a menudo, porque teme el castigo por algún deber incumplido. Si sabe que en su casa no se le admite excusa o pretexto, no faltará a su deber o recurrirá a sus padres en demanda de intercesión ante el maestro. Entonces es la oportunidad de apersonarse a la escuela y buscar la causa de las dificultades que el niño encuentra. ¿La culpa es de éste? Se le obliga a mejorarse. ¿La deficiencia está en la enseñanza? Una vez que el maestro se da cuenta de ello puede subsanarla porque ¿qué se adelanta con que el niño se libre de una molestia con su inasistencia, si no desaparece la causa, que subsistiendo lo obligará a seguir faltando?

Y a propósito del niño en la casa, nunca se insistirá demasiado en llamar la atención de las familias sobre los peligros de todo género que entraña la permanencia en la calle. Hay madres muy optimistas: creen que sus hijos son invulnerables al mal ejemplo, que no puede corromperlos las malas compañías, o se conforman con saber que los compañeros de sus hijos visten bien.

Sin embargo, es cosa que hay que decirlo hasta la pesadez: en las calles de nuestra ciudad lo menos malo que puede ocurrirle a un niño es que un auto lo pise. Nuestras calles están llenas de peligros morales muy superiores a perder un miembro en un accidente de tráfico.

Que el niño grite y corra y juegue y aturda a los de su casa, con su inquietud; todo: hasta que haga un destrozo dentro de su casa, todo eso es preferible a las escenas de pugilato, a los juegos obscenos de cuando están sustraídos a las miradas maternas; a los destrozos que en sus almas produzcan los compañeros mayores iniciados en las sendas del mal.

Creo conveniente ilustrar este tópico con los siguientes pensamientos del lamentado Almafuerte, pensamien-

tos que con toda oportunidad ha reproducido en estos días una revista de maestros:

"Es un crimen de lesa humanidad, echar los niños a la calle sin un objetivo preciso de utilidad, o para ellos o para sus familias.

Cualquiera que tenga ojos habrá visto que no son los muchachos que van a la escuela los que maltratan los árboles de las avenidas, rompen los estucos frescos de los muros y estampan inscripciones obscenas en las fachadas: son los que regresan.

Porque a la escuela tienen que llegar a una hora fija, a golpe de campana, como los obreros, y van a esa escuela en línea recta, lo mismo que los sonámbulos.

Pero, como sus padres no les imponen puntualidad en la hora del retorno, quedan por esa causa, entregados a sí mismos; entonces reaparece el criminal en germen, el destructor incipiente, el pequeño Nerón delirante... Y las copas de los árboles caen desgajadas, los relieves de las fachadas pierden su tersura y modelación, las estatuas de los paseos se llenan de mutilaciones, las paredes del trayecto se cubren de figuras y sentencias indignas, y los aires se pueblan de apóstrofes tan abominables como aquellas figuras y sentencias!

No hay otra manera de combatir el espíritu de destrucción en los niños—que es fundamental en ellos, que es la característica de su edad—sino vigilándolos cuando están cerca de nosotros, dándoles una ocupación de carácter imprescindible cuando los dejamos solos, y estableciéndoles un severísimo lapso prudente de tiempo para el regreso, cuando hay necesidad de enviarles a la calle por las urgencias de la casa, o de la educación o del aprendizaje de ellos mismos".

Y te regaré yo que no es tan difícil entretener a los niños en la casa. Basta darles en qué ejercer su actividad.

Una caja de lápices de color, un trozo de masilla: mejor aún, de arcilla, papeles para recortar, son cosas que—después de la energía gastada en los saltos y carreras que no se les debe escatimar—los entretienen con provecho grande para su inteligencia y sin perjuicio alguno para su corazón.

Las madres que pueden comprar juguetes es lástima que prefieran obsequiar a sus niñas con muñecas lujosas y otros juguetes caros, cuando los dones de Froebel, la colección de juguetes del sistema Montessori, los juegos de paciencia y otros análogos ofrecen campo a actividades que no pueden proporcionar esos otros chiches de lujo que sirven para halagar la vanidad de los grandes y no para entretener a los chicos.

En cambio el dinero gastado en juegos gimnásticos es de provecho: y la madre pobre que no puede comprar éstos no tiene por qué afligirse: una pelota de trapos y la misma cuerda de tender la ropa suplirán a cualquier gimnasio; la alegría de la niñez es como el sol: dora cuanto toca; y jugando con aquella pelota y saltando en esta cuerda, ya sea en la plaza cercana—si se tiene la suerte de tener cerca alguna—o en el patio no muy espacioso de la casa, la sangre se tonifica y las mejillas del chico pobre se arrebolan con colores que no pueden ponerse en los caros botes del tocador de una dama de lujo.

Muchas veces el poco adelanto del niño será el no trabajar en condiciones físicamente ventajosas o no descansar bastante. El sueño es cosa tan necesaria como el alimento y el ejercicio. Y en la edad escolar—aún para los mismos alumnos de 6.º grado—habrá muy pocas a las que baste para dormir la tercera parte del día. Sus

diez horas las necesitan todas, con contadísimas excepciones, las niñas mayorcitas.

No pocas veces se obliga al niño a estudiar estando fatigado, no habiendo dormido lo suficiente y ¿por qué? a menudo es porque han llevado a la niña al biógrafo.

Veamos qué provecho obtuvo de ello. Si ha admirado las maravillas de la naturaleza, la riqueza del país, sus industrias, escenas campestres, reconstrucciones históricas, bellezas de arte, etc., menos mal que haya perdido unas horas de sueño, pero ¿qué hace la mayoría de las veces sino pasar unas horas en un requinto cerrado donde respira aire malsano, aire viciado, observando cosas inadecuadas como son escenas policiales tales como "La mano que aprieta", "La garra de hierro", "El diamante azul", etc., u otros dramas y asuntos amorosos que no hacen más que comprometer la pureza de sus costumbres, exaltar su imaginación, excitar sus nervios hasta no dejarlos dormir luego tranquilos por reproducir durante el sueño las imágenes que vió hace un rato? Y no puede decirse que esto sea incierto o exagerado. Hemos tenido oportunidad de comprobarlo hace unos días al pedirles expresaran en una composición qué películas les habían llamado mayormente la atención. Vemos, pues, que mientras se sigan exhibiendo esas películas y no se preparen otras especiales para niños como sucede con las del libro "Corazón", conviene mucho más que no pierdan el tiempo en el biógrafo, que dediquen esas horas al descanso, acostándose temprano, levantándose a buena hora y durmiendo como mínimo 9 horas diarias, dejando a un lado las fiestas nocturnas que son perjudiciales para su salud y repercuten en la labor que el niño realiza disminuyendo su actividad a causa del reposo insuficiente.

(Continuará).

## Notas

UNION se complace en presentar un saludo cordial a todos los señores representantes de los Gobiernos de Guatemala, Honduras, El Salvador, y Nicaragua que, en unión de los de Costa Rica, han de celebrar las Conferencias Centroamericanas cuya inauguración se verificará hoy 1.º de diciembre.

Que la justicia, la sinceridad y el verdadero patriotismo brillen en todos los trascendentales debates y resoluciones, a fin de que salga de allí la fórmula precisa que pueda conjurar los graves peligros de diversa índole que se divisan en el horizonte de las cinco fracciones de la Gran Patria Centroamericana.

Murió en Liberia, en el mes pasado, una de las personas más apreciables del Guanacaste: Manuel Chamorro B. Era tanta su bondad, que jamás aquellas luchas políticas impregnadas de personalismo y violencia, pudieron malearlo. Siempre jovial, siempre sincero, siempre cariñoso y festivo con tirios y troyanos, aun en medio del fragor de las tantas contiendas deplorables que aquella tierra ha presenciado.

Paz a sus restos y consuelo para su apreciable familia.